

CAPITULO III

Actitud patriótica del Gobierno.—Manuel García, su historia, y su muerte.—Noticias alarmantes de la isla.—Petición de refuerzos.—Acuerdos del Gobierno.—Abatimiento y reacción.—Noticias de Nueva York.—Gonzalo de Quesada.



AS noticias que de la insurrección comunicaba al Gobierno, el general Calleja, acusaban el temor de que el movimiento pudiera extenderse y propagarse por toda la isla, en vista del incremento que cada día iba tomando.

Nuevas partidas habían aparecido en el departamento Oriental, figurando al frente de la principal el negro Guillermon, antiguo cabecilla de la otra guerra, que se hacía llamar Guerra chica y Guillermo I.

Los sublevados en Baire habían solicitado una tregua del Comandante general de Santiago de Cuba, para conferenciar con el Comité autonomista de la capital de aquella provincia; pero comprendiendo el Gobernador general que la petición iba encaminada á ganar tiempo, concedióles tan sólo el espacio de un día.

Al tenerse noticia en nuestro Parlamento de los telegramas de !?

primera autoridad de Cuba, el general Pando dirigió varias preguntas al Gobierno, acerca de sus propósitos y planes para sofocar la rebelión, sabiéndose entonces que se habían enviado á la isla *diez mil* fusiles Maüsser y *diez millones* de cartuchos, y manifestando el ministro de la Guerra que el Gobierno abrigaba el propósito de cortar de raíz la insurrección, costase lo que costase, y al efecto estaba dispuesto á enviar á Cuba todos los soldados que hicieran falta y todos los recursos y elementos de guerra que el Gobernador general de la isla considerase necesarios.

La actitud patriótica y enérgica del Gobierno levantó un tanto el espíritu nacional, y el entusiasmo de los españoles creció de punto cuando se recibieron noticias detalladas del serio encuentro que las tropas tuvieron con la partida levantada en Sagüey, provincia de Matanzas, á cuyo frente figuraban los cabecillas Antonio



GUILLERMO MONCADA (a) Guillermon

Lopez y Manozo con gente de la que capitaneaba el célebre bandido Manuel García, apodado *Rey de los Campos*, y á la cual pusieron nuestros valientes soldados en vergonzosa fuga y completa dispersión, después de haberles causado buen número de muertos y heridos.

* * *

Tristemente célebre es la historia del famoso bandolero cubano Manuel García, para que dejemos de consignar algunos detalles de su vida aventurera.

Sus hazañas y fechorías fueron de todo el mundo conocidas, y su nombre llegó á infundir terror y pánico entre los naturales del país.

Así como en todas las guerras civiles aparecen partidas de latro-facciosos que encubren sus crímenes y fechorías con la bandera de la rebelión política, así el célebre bandido cubano se colocaba con su cuadrilla al lado del separatismo y se convertía en filibustero, cada vez que en los campos de Cuba se daba el grito de rebelión y de guerra contra España.

Los separatistas utilizaban sus servicios y le proporcionaban gente que aumentase sus fuerzas, cuyo mando le confiaban, y él seguía cometiendo, en nombre del separatismo, sus latrocinios, secuestros y asesinatos. Cuando la rebelión quedaba dominada, volvía á ser el *Rey de los campos*.

Astuto y ladino, sin dejar de ser valiente, no se batía casi nunca; su cuadrilla era la que asaltaba, mientras él dirigía desde lejos el asalto, como general prudente que no debe nunca arriesgar su preciosa vida, de la que pende la de su ejército.

Cuando en 1885, el separatismo cubano fomentó el bandidaje, Manuel García reunió á otros bandoleros, entre ellos Felix Gimenez, Lengue, Perico Torres y otros, y lanzóse á los campos de Cuba á ejercer su funesto oficio.

Muy cerca de un año se mantuvo con su gente en la isla, burlando la persecución de la guardia civil y cometiendo todo género de crímenes y fechorías, hasta que al finalizar el año 1885 vióse obligado á escapar de la activa persecución ordenada por el capitán general señor Fajardo, y forzado á embarcar con Perico Torres para Cayo Hueso.

En 1887 torna á Cuba con otros tres de su estofa, desembarcando

en Puerto Escondido (provincia de Matanzas) y apareciendo á poco al frente de una partida de diez y seis hombres, que le titulaban comandante, según rezaba un título ó nombramiento que le enviaron los jefes separatistas de Cayo Hueso.

Durante tres años, desde 1887 á 1890, Manuel García fué el terror de todos los habitantes en las provincias de la Habana y Matanzas. Robó, asesinó, secuestró y se impuso por el terror, conquistando entonces el sobrenombre de *Rey de los campos*.

Su audacia es tanta, que llega á infundir pavor en las comarcas sobre las cuales cae; su habilidad y astucia prepara tan perfectamente los golpes, que su prestigio crece en proporciones tales, que en 1890 se atreve á dirigir á la compañía de ferro-carriles unidos de la Habana una carta exigiendo *veinticinco mil pesos* bajo amenaza de incendiar las estaciones y hacer descarrilar los trenes, si no se le entregaban dentro de un breve plazo.

La compañía no hizo caso, pero el audáz bandido cumplió su amenaza.

A los pocos días descarrila un tren de mercancías en el Empalme, su gente hace fuego sobre uno de viajeros entre Robles y Xenes é incendia la estación de Quivicán, próxima y casi á las puertas de la Habana.

El pánico cunde, la gente no se atreve á viajar, y la recaudación de la compañía ferro-viaria baja un *cincuenta* por ciento.

Esta situación y este estado de cosas duró hasta que en Agosto de 1890 llegó á Cuba el general Polavieja.

La energía y firme voluntad que llevó á la isla el nuevo Gobernador general de acabar con el bandolerismo, hizo renacer la confianza en el aterrorizado espíritu público, y poco tiempo después, merced á las acertadas y enérgicas disposiciones del ilustre general, secundadas admirablemente por el valor y la pericia de la guardia civil y sus jefes,

caía toda la banda en una emboscada, huyendo á uña de caballo su jefe Manuel García y recibiendo en la huída tres balazos.

*
*
*

Al lanzarse al campo de la insurrección, en los comienzos de la guerra, el negro Guillermón, al frente de una pequeña partida de filibusteros, en la provincia de Matanzas, fué auxiliado por el famoso bandido y su gente, parte de la cual le fué cedida por éste para operar en combinación.

Practicando un reconocimiento por aquellos terrenos una pequeña



JOSÉ MARTÍ

columna de guardias civiles, viéronse éstos de pronto sorprendidos y atacados por fuerzas insurrectas, cuyo número y posición ignoraban por hallarse ocultas, como siempre, entre espeso matorral.

A los primeros disparos, que nuestros bravos guardias no podían precisar de donde partían, ordenó el jefe se desplegasen en guerrilla la columna y se adelantasen

varios números y un cabo á explorar el terreno.

Una descarga cerrada de los insurrectos, obligó á los valientes guardias á entablar al momento la acción, sin contar el número, ni saber la posición que ocupaba el enemigo.

Pronto el nutrido fuego de los guardias y su avance ordenado y temerario hizo creer á los *mambises* que se trataba de una avanzada de alguna fuerte columna, y abandonando sus posiciones, iniciaron la retirada protegidos por un grupo que con sus disparos trataba de contener la acometida de nuestras tropas.

De pronto vióse á un hombre alto, de aspecto y continente marcial, aunque vestía el traje de los naturales del país, y ginete sobre fogoso potro, atravesar de un lado á otro el terreno que ocupaban los insurrectos, huyendo del certero fuego de nuestros soldados.

Aquel hombre iba escoltado por un grupo de catorce ó quince individuos que le seguían y le rodeaban como para guardar su persona.

Los guardias, al verle y observar los movimientos de los que le seguían, comprendieron que se trataba de algún jefe ó cabecilla, y contra él dirigieron sus disparos, siguiendo la dirección que los fugitivos llevaban.

Fueron aquellos tan certeros que, pocos momentos después, vióse caer á tierra al ginete y dispersarse el grupo que le escoltaba, á cuya dispersión siguió inmediatamente la precipitada y vergonzosa fuga de los demás insurrectos dejando sobre el campo varios cadáveres, tres caballos y algunas armas.

Reconocido el que, muy acertadamente, habíase supuesto por nuestros soldados ser el jefe de la partida, y al cual se le halló ya cadáver, vióse con sorpresa que era el famoso bandido Manuel García, el tristemente célebre *Rey de los campos*, terror de aquellas comarcas durante tanto tiempo.

Nuestras tropas persiguieron á los fugitivos, largo trecho, sin cesar de hacerles fuego, hasta que próxima ya la noche, el jefe ordenó la retirada.

Ese fué, según nuestros más autorizados informes, el fin que tuvo el tristemente célebre bandolero cubano Manuel García, cuyo fatal re-

cuerdo perdurará en la memoria de los antillanos, por sus fechorías y crímenes.

*
* *
*

Otra versión, sin embargo, hemos recogido y no podemos menos de consignar y hacernos de ella eco, referente á la muerte del llamado *Rey de los Campos*, para que nuestros lectores puedan formar juicio acerca de la mayor verosimilitud de ambas versiones.

Según el periódico *La Discusión*, de la Habana, la muerte de Manuel García ocurrió de la siguiente manera:

«Por datos que ha podido adquirir nuestro corresponsal en Seiba Mocha, no cabe duda alguna que el autor de la muerte del audaz bandido, fué Felipe Díaz, alguacil del Ayuntamiento y sacristán de la iglesia parroquial de Canasí.

»El señor Díaz que salió de Canasí en dirección á la Mocha, tuvo la desgracia de llegar á la bodega de Seborucal, acompañado del guardia civil Vicente Pérez, en los momentos en que Manuel García, después de percibir del dueño del establecimiento la cantidad que le exigiera, se disponía á extenderle recibo á nombre del Gobierno de la República Cubana.

»Sorprendidos los bandidos con la aparición del guardia y alguacil, uno de ellos gritó que los matasen, pero Díaz sin darles tiempo á que realizaran su amenaza, saltó el mostrador de la tienda, y tras él parapetado tiró de su revólver é hizo fuego contra el grupo que formaba el bandido y sus secuaces, mientras su compañero apercibíase también á disparar su fusil; mas, notando que éste no funcionaba por habersele encasquillado la cápsula, vióse obligado á picar espuelas al caballo que montaba, y escapar.

»García y su gente, á los disparos del valiente alguacil, lanzáronse contra éste machete en mano, dándole alcance en una habitación donde se había refugiado, y haciéndole allí *picadillo*. Pero uno de los tiros del desgraciado Díaz había sido tan certero, que dando en mitad del pecho del famoso *Rey de los Campos*, le causaba á los pocos momentos la muerte.»

Añadía el citado periódico en su relato, que el pueblo de Canasí tributó honores al hombre que, sacrificando su vida, había librado á toda la comarca de las fechorías y continuas amenazas y vejaciones que les imponía y llevaba á cabo el terrible y sanguinario bandolero, y que el general Calleja había felicitado calurosamente á aquellos valientes y premiado el arrojo y sacrificio del desgraciado Felipe Díaz, socorriendo á su desventurada familia.

* * *

Después de la muerte del famoso bandido y cabecilla filibustero, Manuel García, el Gobernador general de la isla pidió á nuestro Gobierno el envío de refuerzos, porque sospechaba que la resistencia y sostenimiento de las diversas partidas levantadas en armas y que en su totalidad eran poco numerosas y estaban muy fraccionadas, obedecía tan sólo á la esperanza de obtener muy en breve grandes refuerzos.

En otros telegramas comunicó el general Calleja la noticia de que una de las partidas, la que dominaba en el distrito donde habían cortado los hilos del telégrafo, era bastante numerosa, pues se hacía ascender á algunos cientos de hombres los filibusteros que la formaban.

Además, daba cuenta también al Gobierno, de que según aviso urgente que había recibido del Cónsul de España en Cayo Hueso, se había preparado una expedición filibustera en aquella isla, y que con objeto

de hacerla fracasar había ordenado la inmediata salida de un barco de guerra para impedir el desembarco.

Estas tristes y alarmantes noticias decidieron al Gobierno á disponer el inmediato envío á Cuba de *catorce mil* hombres, de los cuales la mitad irían á cubrir las bajas naturales de los que estaban próximos á cumplir y debían ser pronto licenciados, y los otros *siete mil* para reforzar el ejército antillano y poder atender á las necesidades de la guerra.

La Compañía Trasatlántica del marqués de Comillas, puso á disposición del Gobierno todos los vapores para el transporte de tropas, y



UNA AVANZADA DE VOLUNTARIOS

previo el oportuno convenio preparóse desde luego la primera expedición.

Por el Ministerio de la Guerra se hizo un llamamiento de oficiales voluntarios, pero el escaso número de subalternos que á él respondieron, obligó al Ministro á hacer un sorteo general en todas las armas, y con el fin de evitar que el Gobernador general de Puerto Rico tuviera que desprenderse, un día, de soldado alguno, á solicitud del general

Calleja, dispuso que la expedición á las Antillas se aumentase con un batallón más.

* * *

Hechas públicas, por el Gobierno, las noticias comunicadas por el general Calleja referentes á la marcha de la insurrección y los acuerdos tomados por el Gabinete, y conocidas también las que publicaron en sus columnas los periódicos tanto españoles como extranjeros, comunicadas las unas por sus corresponsales en el teatro de la guerra y reproducidas las otras de los diarios norteamericanos, apoderóse del espíritu de los españoles honda tristeza, y abatióse su ánimo, al considerar la situación y estado de la Península ante el gravísimo conflicto en que la colocaban sus ingratos y rebeldes hermanos de allende el mar.

Fijóse, más que en nada, la atención de los españoles en las tristes y fatales consecuencias que la guerra había de aportar á nuestro exhausto Tesoro y en los sacrificios no sólo pecuniarios sino de sangre que la misma nos imponía con el envío de hombres y dinero á la Gran Antilla, lo cual significaba lágrimas y desconsuelo, pesadumbre y aflicción para miles de madres, y desamparo y horfandad para multitud de familias.

El Gobierno ocultaba ó atenuaba las noticias alarmantes que recibía de la marcha de la insurrección, temeroso de que decayera el espíritu patrio, y por no sembrar pesimismo; pero esa escasez de noticias oficiales suplíala con ventaja la prensa diaria, ese benéfico invento de salvación debido al glorioso é inmortal Guttemberg, esa refulgente antorcha de la verdad que ilumina á los pueblos y lleva la civilización á los más remotos climas, ese escudo invulnerable, en fin, de la libertad del pensamiento, publicando y dando detalles de las victorias al-

canzadas por nuestros bravos soldados en la manigua y levantando el abatido espíritu patrio por el relato de los prodigios de valor y arrojo llevados á cabo por nuestros hermanos contra las hordas de bandidos y libertos rebelados contra sus libertadores.

Pronto prodújose una patriótica y saludable reacción en el ánimo decaído de los españoles, convirtiendo el primer movimiento de tristeza en explosión de entusiasmos que inflamó el espíritu público hasta el punto de que ni un solo corazón permaneció insensible al grito de guerra lanzado por las hordas salvajes del filibusterismo en los campos de Cuba, y conviniendo todos en la idea, y prestando todos asentimiento á la necesidad de enviar á la Gran Antilla cuantos hombres y recursos fuesen necesarios, para sofocar la insurrección y castigar el criminoso atentado contra la integridad de nuestro territorio.

Pensóse en sustituir al general Calleja por otro general de gran prestigio político militar y de reconocida idoneidad y pericia, y el nombre de Martínez Campos acudió á todas las mentes y fué pronunciado por todos los labios, como el más indicado para encargarse del doble mando de la isla, tanto por sus aptitudes y talla y reputación europea de que gozaba, como por ser el más conocedor del teatro de la guerra y de los hombres que la habían provocado, y el único llamado á hacer respetar el pacto del Zanjón por él convenido con los jefes principales de la anterior guerra separatista.

El Gobierno dispuso el inmediato envío de hombres y dinero, y el Ministro de la Guerra, á la sazón general Lopez Dominguez, dictó las oportunas y convenientes órdenes para la pronta movilización del cuerpo de ejército que había de formar la primera expedición á la isla.

Ocurría esto á los doce días de haberse recibido las primeras noticias del movimiento insurreccional, y desde entonces nadie dejó ya de fijar su atención y preocuparse con el curso de la campaña emprendida contra los filibusteros de la Gran Antilla.



Motivo fué también de gran preocupación para los españoles, las noticias que se recibían de Nueva York, dando cuenta de los trabajos de propaganda realizados por los laborantes cubanos y agitadores filibusteros que formaban parte de la Junta revolucionaria establecida en aquella capital.

Según los órganos de la prensa norte americana, el día 2 de Febrero de 1895 llegó á Tampa el activo secretario de la Junta del partido revolucionario cubano, doctor Gonzalo de Quesada, y convocando á una reunión á los laborantes tabaqueros afiliados al partido separatista, manifestóles «la confianza de que su visita y presencia en aquella capital sería símbolo de fraternidad que estrecharía más y más los lazos de unión entre los patriotas cubanos, resueltos á la sazón más que nunca á salvar la dignidad de la patria y á implantar sin temor á los reveses y sacrificios que tan noble aspiración les imponía, el estandarte de la libertad, en la cima gloriosa de la montaña sagrada.»

A la reunión convocada por el agitador americano acudieron más de *dos mil* personas, y algunos días después se le obsequió con un banquete á cuya terminación trasladáronse todos los comensales al Liceo Cubano, donde fueron recibidos á los acordes de una música que ejecutó el himno de los insurrectos, que fué saludado por atronadores gritos de los laborantes, de ¡viva Cuba libre!... ¡viva el partido revolucionario cubano!

Varias sociedades cubanas con sus estandartes y músicas desfilaron por delante del Liceo, organizándose después una manifestación que terminó en un *meeting* en la vía pública, al aire libre. En él, después de pronunciar varios discursos distintos oradores, declarando todos

«que solo esperaban la orden de marchar para ir á luchar por la independencia de la patria», hizo uso de la palabra el doctor Quesada para describir los sacrificios de la emigración y la continua y perseverante labor de los que *estaban arma al brazo* esperando la señal y el momento oportuno para tomar parte activa en la lucha y sacrificar su vida en aras de la independencia de Cuba.

Aludiendo en uno de los párrafos de su aplaudido discurso á la aprehensión del cargamento de armas en Fernandina, elogió el tacto de los encargados de él, y al manifestar que las armas eran propiedad de los patriotas cubanos y estaban en poder de sus dueños, preguntó en un arranque *patriotero* á sus oyentes:

—¿Si esas armas son realmente nuestras y están en salvo, faltarán buques que las lleven á su destino?

—¡No!—ahulló aquella Asamblea—No faltarán buques y hombres que las lleven al sitio donde convenga.

El entusiasmo que produjo en la muchedumbre aquella enérgica y patriótica respuesta, fué indescriptible, y los bravos y aplausos, los vivas y aclamaciones de aquella multitud, sellaron el compromiso del pueblo de Tampa en favor de los deseos y propósitos del agitador filibustero.

Interviewado el doctor Quesada, después del *meeting*, por el corresponsal del *Herald* en Tampa, hizole las siguientes manifestaciones:

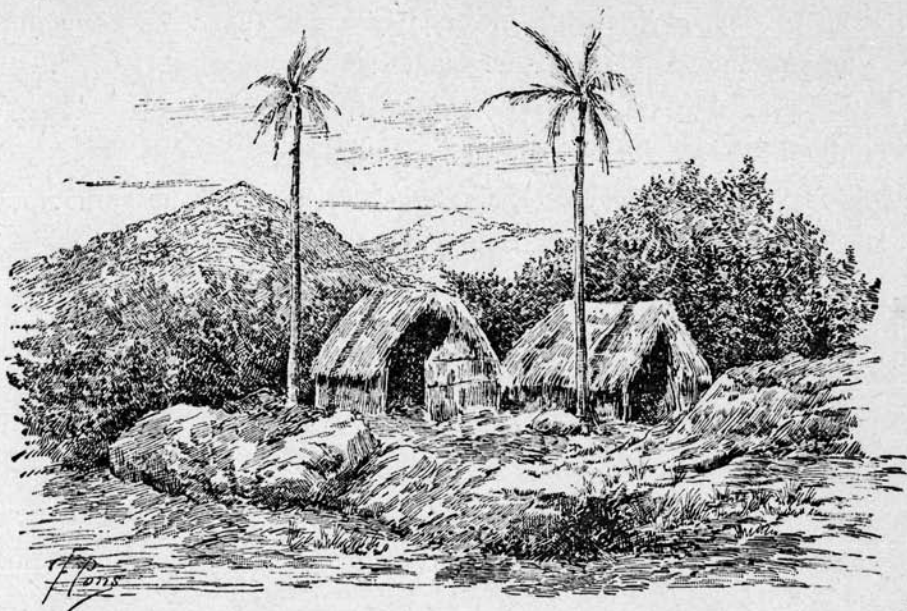
»Que era inminente una revolución en Cuba, la cual estallaría dentro de seis meses y sería tan formidable y decisiva, que antes de un año *tendrían el pie sobre el cuello de España...*

»Que el plan estaba manejado con suma discreción y misterio, y aunque todos los cubanos lo conocían, de nada importante, empero, se había enterado el Gobernador general de la isla...

»Y que abrigaba la creencia y casi podía dar la absoluta seguridad

de que los peninsulares residenciados en la isla estarían con la revolución ó permanecerían neutrales.»

Estas noticias contribuyeron á avivar aún más el espíritu patrio y el entusiasmo de los españoles, creando atmósfera en favor de los propósitos y acuerdos del Gobierno de enviar grandes refuerzos y recursos á la isla, y acallando el amor á la patria y el orgullo nacional, el natural temor y pesar de las pobres madres ante la triste perspectiva de tener que separarse de sus queridos hijos y verles marchar á la guerra, de la que quizás, no les verían ya volver ó volverían enfermos ó inútiles.



RANCHOS DE UN CAMPAMENTO ABANDONADO

En aquellos días de alarma y espectación general, revelóse una vez más la característica del pueblo español.

Impresionable, como pueblo meridional, era presa un día del mayor abatimiento ante las alarmantes noticias que se recibían de la isla referentes á la importancia del movimiento insurreccional, para entregarse al siguiente al más vivo entusiasmo por las que nos comunicaba



pocos momentos después, vióse caer á tierra al jinete... (pág. 56.)

el cable acerca de las victorias ganadas por nuestras tropas en los diferentes encuentros tenidos con los rebeldes.

Cada raza tiene su temperamento moral, como cada latitud geográfica tiene su clima.

Por eso la raza latina tiene como cualidad típica de su temperamento, el meridionalismo ó impresionabilidad; esto es, el entusiasmo pronto y el cansancio fácil; el paso rapidísimo é inconsciente del holocausto al olvido, del amor al ódio, de la alabanza á la injuria, del aplauso á la silba ruidosa; la opinión movediza y la inquietud permanente.

Buena prueba de ello dió el pueblo español en los comienzos de la actual guerra separatista.

Sobrevino la rebelión de Cuba, y á pesar de habérsela visto bullir se la descuidó: estalló y seguimos, no obstante, descuidándola y pensando que para vencerla bastaban cuatro días y cuatro batallones. Pero los cuatro días no han bastado, ni tampoco fueron suficientes los cuatro batallones, y la impaciencia nos devoró y sublevóse nuestro ánimo contra la primera autoridad militar de la isla, cuyo relevo pedimos á voz en cuello mezclando la petición con acres censuras á su apatía é ineptia.

Sin embargo, y por fortuna, hay que reconocer y confesar, que aquella reputación de altiva y orgullosa que siempre tuvo España, no la ha perdido, y las circunstancias, que lo gobiernan todo, han venido á despertar en el espíritu patrio de todos los españoles, el recuerdo de lo que fuimos y de lo que siempre seremos. Un pueblo desdichado, sí; víctima de la política y de los políticos; pero digno y altivo hasta la exageración, dispuesto á levantarse en masa y sacrificarlo todo, vidas y haciendas, para dar testimonio y ejemplos de su dignidad al mundo, y capaz de llegar hasta la ruina para defender la integridad de su territorio y el honor nacional, y para que su buen nombre y fama no pierdan nada á la faz del mundo.